

El mejor final

Miguel García Marban

Primer Accésit

*El otro me soñó, pero no me soñó rigurosamente.
Soñó, ahora lo entiendo,
la imposible fecha en el dólar.
Jorge Luis Borges*

ERA UNA NOCHE cualquiera en la ciudad. Las aceras estaban vacías. Algunos coches iban y venían. Las luces de los escaparates poco a poco se fueron apagando y en la calle sólo la luz temblorosa de algunas farolas y el neón de algún bar de copas vencían la oscuridad reinante.

Como todas las noches la gente comenzaba a llegar al SAPMOC a partir de las once. Era una costumbre que entraba dentro de la monotonía diaria de la ciudad. Hasta esa hora el bar permanecía vacío y sólo la música de Police, alguna revista de cine y un whisky con mucho hielo hacían más llevadera la espera de Luis Cortázar.

Tenía la mirada clavada en la pared del fondo y sus ojos recorrían las fotografías enmarcadas. Allí estaban Humphrey Bogart con su peculiar gabardina, John Ford con su parche en el ojo, John Wayne con su sombrero en la cabeza y la pistola en la mano. Desvió la vista al reloj, todavía eran las diez.

Luis Cortázar era un hombre bajo, rechoncho, algo calvo y de unos 45 años. Siempre le había gustado que le dijeran que se parecía a Edward G. Robinson. Llevaba sirviendo copas en aquel bar desde los 18 años y siempre había tenido turno de noche, quizás porque en su juventud pensara que era el mejor turno para poder estudiar. No había logrado pasar de tercero de Filología Inglesa y nunca supo a ciencia cierta porqué había elegido esos estudios, tal vez porque soñara que de esa forma hubiera podido oír a Bogart sin doblar.

El cine era su gran amor. Hacía ya varios años que el jefe le había dejado decorar una de las paredes de bar con fotografías de sus ídolos de la gran pantalla.

El bar seguía vacío. Con la cabeza apoyada en las manos y los codos en la barra, sus ilusiones se posaban ahora en la inquietante mirada de Rita Hayworth, cuando oyó que la puerta de la calle se abría. Rápidamente giró la cabeza y vio cómo dos hombres entraban y se sentaban junto a la barra.

- ¡Eh, chico!, ponnos dos bourbons. - dijo el hombre que tenía algo de barba. - Mi amigo y yo tenemos mucha sed.

Luis Cortázar atravesó la barra rápidamente, agarró dos vasos, la botella de Jack Daniel's y se colocó frente a los dos clientes. Cuando comenzaba a llenar los vasos, alzó la vista para saludar a los dos hombres. Por poco no tiró la botella sobre los vasos al darse cuenta que tenía ante sí nada más y nada menos, que a John Houston y a Humphrey Bogart.

- ¿Te pasa algo, hijo?. - dijo H. Bogart, mientras se llevaba su vaso a la boca.
- No, nada. - respondió Luis intentando que su voz no delatara el nerviosismo que verdaderamente tenía.

H. Bogart después de preguntarle su nombre le dijo que se sirviera él también una copa y les acompañara.

- Nos esperan unos meses duros en África. - dijo John Houston.

- Sí, pero espero que valga la pena y la película sea un éxito. - respondió H. Bogart a la vez que sacaba un paquete de tabaco de su americana y ofrecía a los otros dos.

Luis no pasaba de su asombro. Tenía delante a su director y actor favoritos, había leído páginas y páginas sobre ellos. Reconocía la película de la que estaban hablando, no podía ser otra que la "Reina de África". La había visto más de quince veces. Una película memorable. Por su cabeza pasó la fecha actual, 1998, y la de la película, 1952, pero prefirió no pensar en ello, era una locura.

Los tres hombres hablaban de cine. Bogart y Houston discutían sobre algunos detalles del argumento de la película. Luis intervenía de vez en cuando y ellos aceptaban sus sugerencias como si de un director de prestigio se tratase. El no sabía cómo, pero hablaba un inglés fluido. Parecían tres amigos que no se hubiesen visto en mucho tiempo.

- El problema mayor que tengo es con el final. No sé cómo acabar. - resaltó Houston en el momento en que cogía la botella de Jack Daniel's y llenaba los tres vasos. - No me gustaría que los dos protagonistas, Rose y Charlie, murieran ahogados en el lago. Tiene que ser un final feliz. - sentenció moviendo la cabeza en un gesto de afirmación.

Entonces, sin saber cómo, Luis Cortázar, con toda naturalidad, comenzó a contar el final de "La Reina de África", ante el asombro de los otros dos. No perdía detalle, movimiento de cámara, planos, secuencias, incluso diálogos.

- Es increíble, si no fuera porque todavía no hemos empezado a rodar diría que has visto la película. - resaltó J. Houston que había cogido una servilleta de papel y anotaba algunas palabras. - Me imagino que hayas leído la novela de C.S. Forester, en la que estaba basada la película, y sobre la marcha hayas ideado ese final.
- Es magnífico. - dijo Bogart mirando a Luis de cuya boca se escapaba una sonrisa irónica.

Los tres siguieron bebiendo y dialogando hasta largas horas de la noche. Hablaron de cine y de mujeres. Para Luis "Cayo Largo" y "El Halcón Maltés" eran buenas películas, pero "La Jungla de Asfalto" estaba por encima de ellas, a pesar de no intervenir en ella Bogart. Houston era partidario de que la mejor película de Bogart era "El último refugio", y señaló cómo él había intervenido en el guión junto a W.R. Barnett. En cambio, Bogart apostaba por "El sueño eterno"; quizás porque en ella trabajara con Lauren Bacall. Los tres coincidieron que era una mujer de gran calibre.

Cuando los dos cliente decidieron que se tenían que ir, ya era bastante tarde. Mientras salían, Luis les miró tarareando una melodía. Houston se volvió y le miró con ojos incrédulos. Desde la calle Bogart le llamó y al pasar por la ventana hicieron un ademán con el brazo para saludar a Luis. La figura de los dos hombres se perdió en la negrura de la noche.

Luis Cortázar se sorprendió de que no hubiera entrado nadie en el bar. Una y otra vez se preguntaba sobre lo que acababa de suceder.

El sonido de la puerta del bar le devolvió a la realidad. Algunos hombres y mujeres se acercaban a la barra. Todos eran amigos suyos y le saludaron con alguna que otra broma.

Luis servía lo que le pidieron y estaba a punto de contar a sus amigos su maravilloso suceso, cuando, por breves segundo, desvió la vista a la esfera del reloj. De nuevo

estuvo a punto de que la botella se le fuera de las manos. Eran sólo las diez y cinco minutos. No dijo nada. Siguió sirviendo las copas.

Una mujer joven del grupo recogió del suelo un encendedor y lo puso sobre la mesa.

- Luis, ¿es tuyo este encendedor? - dijo la mujer.
- Sí, respondió Luis, que se dio cuenta que era el de Bogart.
- ¿Qué significa The Big Sleep? - Preguntó la mujer que se dio cuenta de la inscripción.
- Significa "El sueño eterno". - Contestó Luis. - Para mí es la mejor película de Howard Hawks.
- Tú siempre con las cosas del cine. ¿Y de qué está hecho? - volvió a preguntar la mujer.
- De la materia de la que se hacen los sueños. - dijo Luis mientras su mirada se perdía en la oscuridad por la que se habían esfumado sus dos amigos.

1952. África. En algún lugar de la selva del Congo. El termómetro sobrepasa los 35 grados. En una gran tienda de campaña J. Houston escribía el final de su película "La Reina de África". Lo tenía claro. Se lo había contado un camarero de no se acordaba de qué bar, de no sabía de qué calle, en aquel día de borrachera.

Nota: La frase "de la materia de la que se hacen los sueños" está sacada de la película "El Halcón Maltés", de J. Houston.

Leyenda de Jonás y La Criolla

Javier Esparza Fuentes

Segundo Accésit

CUENTAN EN EL CAFÉ del Cerro que el bueno de Jonás Salcedo se pulía los sueldos en licor barato de alambique, que hiere las almas como tiro de cerbatana.

Llegaba al caer la tarde: traje de franela y exótico panamá, las piernas arqueadas como jinete de pampa, y un mostacho enhiesto que contrastaba con sus rubicundas mejillas.

Buscaba su rinconcito, junto a la barra, y allí mismito comenzaba la ceremonia de botellas sin etiqueta pero con sello gubernamental. Mientras tanto, el café se aterciopelaba con humo de habanos, espeso como telarañas. Allí se reunían jugadores de bella estampa, cuadrillas de obreros y solitarios románticos.

Y Jonás apuraba sus tragos hasta perder la mirada en el infinito de las cosas, semejante a las estatuas vulgares sin espíritu.

Cuando enviudó, tres años atrás, se predijo lo peor. "Jonás no es hombre de soledades" se decían. "Perderá los sesos sin remedio". Y fue entonces cuando comenzaron sus "peregrinaciones".

Aquel verano D. Ramón, el dueño del café, quiso dar otro aire al local, rescató del trastero un viejo piano colonial, artefacto diabólico y nido de arañas.

Consultó los diarios de la capital y finalmente contactó con una criolla que estudió música en Nantes. Amanda llegó en la diligencia vespertina. Era mujer menuda, blanqueada con polvos de arroz. Olía a vainilla dulce. Sin ser bella, tenía ese no sé qué que la llenaba de atractivo. Fue contratada. Viviría en la parte posterior de la casa, en habitación con vistas a los barracones.

En las noches estivales, de granizados y horchatas, Amanda tocaba danzas rústicas, viejas polcas y aires de la región. Jonás se fijó en la mujer, en la música, y se fue poniendo sentimental. Recordó su juventud briosa y sus veleidades de poeta.

Desde ese momento, estuvo cerca del piano deslustrado, trabando conversaciones entre pieza y pieza. Fueron vistos los domingos, paseando por los parques y oyendo a la banda militar, ella con sus muselinas y parasol de fina gasa, él gallardo como un infante.

Al comenzar las actuaciones, Jonás le entregaba papelitos con poemas pasados de moda, que ella guardaba en una vieja caja de latón, con dibujos de flor de lis, repleta de cartas galantes.

Algunas noches aparecía en la casa una escalera que desembocaba en el balcón de Amanda. Hasta tal punto llegaron los rumores, que Fernando "el argentino", amigo cabal de Jonás, le decía: "Algún día os rompés la crisma, viejo. No estás para pasiones". Jonás refunfuñaba, y se ponía a hablar de otra cosa.

En agosto bajaron los mineros, las pagas florecidas en los bolsillos. El café fue campamento de esta horda salvaje, devoradora de ajénjo. Y uno de ellos, un pelirrojo australiano, ebrio e insolente, lanzó requiebros a la criolla. Jonás aguantó estoico, rojo de ira. Al día siguiente apareció con bastón de puño de coral. Y cuando el minero reanudó su procaz ofensiva, desenvainó el estoque oculto en la madera, hundió la punta en su cuello y le dijo con dientes apretados:

- Jonás no repite las cosas. No quiero verte más por aquí. Y deja en paz a la dama.

El pelirrojo le lanzó una mirada asesina y juró venganza, el puño en alto. Aquella noche se celebró el coraje del nuevo galán. Amanda resplandecía orgullosa. Una caja del mejor champagne francés fue vaciada por todos los presentes.

Llegó la onomástica de Jonás. Y la fiesta fue memorable. Invitó a bebida sin límite. Bailó con Amanda canciones de gramófono, y cogió una melopea épica. El bueno de D. Ramón, los ojos picarones le susurró al oído:

- Hoy puedes dormir aquí, pero sin escaleritas. Ya me entiende. Espere a que todos se marchen.

Y Jonás asintió con gesto cómplice de conspirador y una sonrisa irónica....

El incendio se declaró en plena madrugada. Al día siguiente los rescoldos aún humeaban, lanzando columnas negras que huían hacia el cielo. Los encontraron en el lecho entrelazados. El cementerio estaba cuajado de tristezas y lamentos. La tierra fue besando los ataúdes. Y el dolor se clavó con garfios en muchos corazones.

Hoy el Café del Cerro ha sido reconstruido. Ya no es un templo decimonónico. Dicen que en las noches de estío, más allá de la nueva carretera, surgen fuegos fatuos de color zafiro. Esa loma fue escenario de numerosas batallas por la independencia. A nadie extraña el fenómeno. Pero los parroquianos quieren creer que Jonás y Amanda brotan como espadas flamígeras para vencer el olvido. Y por eso, en el aniversario de la noche negra, derraman sobre la tierra el fuerte licor de dos botellas sin etiqueta, pero con sello gubernamental.

© Asociación Literaria y Cultural Café Compás de Valladolid, 1998